



Teología feminista

El imparable movimiento feminista, que avanza en todos los campos de la actividad humana, ha llegado también al área teológica. Y las iglesias han acogido con agrado la presencia de las mujeres en el quehacer de la interpretación bíblica y teológica, no sólo en publicaciones, sino también en funciones docentes hasta universitarias. La autora expone la tarea de las teólogas, que aportan su idiosincrasia enriquecedora al conocimiento de un Dios superior a las limitaciones sexológicas.

Felisa Elizondo *

Un fenómeno reciente

EN apenas un cuarto de siglo las bibliografías al uso en diversas disciplinas teológicas incorporan un número nada despreciable de trabajos firmados por mujeres. Buena parte de ellos suele catalogarse como «Teología Feminista» (TF).

* Profesora de Antropología teológica. Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca. Madrid.

Así la teología resultante lo es también de contextos particulares que amplían el que fue un primer círculo.

Con todo, y aunque día a día se suman páginas al proyecto, se trata de un fenómeno de proporciones relativamente modestas, como corresponde a un surgir reciente. Aunque no deja de ser verdad que la entrada de las mujeres con conciencia renovada de su condición en un área secularmente mantenida en reserva para los varones representa una innovación de alcance. Y ello porque cuando menos pone en evidencia, por contraste, lo anómalo de la que venía siendo aceptada como situación «normal» hace apenas unos decenios.

Breve historia de unos comienzos

A la incursión de plumas femeninas en materias teológicas puede aplicarse la apreciación que se hizo en años más lejanos de la «hazaña» de las primeras que se atrevieron a criticar con el gesto y la escritura el desorden encubierto bajo el pretendido «orden patriarcal». También en este sentido se puede decir que «algunas frágiles y solitarias embarcaciones se incorporaron al curso lento de la historia».

Con la entrada de ellas en la discusión asoma efectivamente un rasgo de modernidad que ha tardado más que otros en emerger. Que reclama ser apreciado y seguido en su andadura por lo que representa como hecho cultural y, desde luego, por su significado para las iglesias.

En 1985 un número de los que anualmente la revista *Concilium* dedica a esta problemática presentaba así el asomarse de las mujeres antes «ausentes en la teología y en la Iglesia»: «El siglo pasado, el ingreso de ellas en el mundo intelectual y su admisión a los estudios religiosos, requería cursos especiales para mujeres. Para ser admitidas a los estudios propiamente académicos o teológicos teníamos que demostrar que nuestra capacidad era tan buena o incluso mejor que la de nuestros compañeros varones. Sin embargo, sólo unas pocas hemos conseguido el *status* académico o una especial influencia en el campo docente, no obstante haber superado satisfactoriamente los grados académicos» (2).

Si hemos recordado esta observación de hace un decenio, que llega desde uno de los contextos más evolucionados, lo hemos hecho porque en la incipiente producción se refleja una tardía familiaridad de las muje-

(2) Presentación: *Concilium* 202 (1985), 296.

mas teológicos de manera que no quede silenciada la voz de una mitad de los creyentes.

Como tendremos ocasión de ver al repasar los diversos temas que esta teología ha abordado, una voluntad de proceder hacia un lenguaje y un pensar más inclusivo y una decisión de hacer valer el potencial dignificador que late en el mensaje cristiano, hacen del empeño feminista algo más que una «teología regional». Rompe ese confinamiento en la medida en que apunta al núcleo de la propuesta cristiana y comprende en su cometido, expresa y directamente, a la mitad del género humano. Sin que, por supuesto, pueda hablarse de desconsideración respecto de la otra mitad.

Las líneas de un diseño

UN movimiento en curso difícilmente se atiene a cauces fijados y a pautas rígidas. Y ya hemos hablado de las difíciles fronteras así como de la diversidad que se da en el seno mismo de la TF. En un intento de dar cuenta de su especificidad, Catharina Halkes señaló como características estas que sintetizamos:

— Una teología que coloca a las mujeres en la situación de sujetos del quehacer teológico. Que mantiene lo insustituible de la reflexión de las mujeres sobre su propia experiencia creyente. Una reflexión que se hace sobre los datos de la Escritura y la Tradición, al tiempo que se sostiene la atención sobre la vida y la historia de las mujeres. Lo que se expresa con la fórmula abreviada de «teología del genitivo subjetivo y objetivo».

— Una teología que se ocupa especialmente de la relación hombre-mujer explicitándola teológicamente. Lo que implica criticar y corregir los modelos de relación establecidos, para proceder a construir una imagen de la humanidad más acorde con la realidad. Una teología que sospecha de lo dado por supuesto porque es consciente de cómo gravan sobre ella presupuestos históricos y culturales que necesitan ser discutidos.

— Una teología contextual porque atiende a la dimensión histórica, a los datos socio-culturales, políticos y económicos que condicionan el emerger de la imagen y la liberación de los seres humanos, hombres y mujeres. La TF no descuida los factores de clase y raza que se suman a la ya secundaria consideración de las mujeres.

Sea cual fuere la respuesta, por lo que se refiere a la TF, Anne Carr señala como característica la pretensión de no renunciar a la novedad y a las implicaciones en el quehacer teológico que tiene una nueva conciencia de las mujeres como sujetos eclesiales. Esta teología mantiene en su intento una necesidad de protesta y crítica respecto de los esquemas androcéntricos de la tradición, la posibilidad de redescubrir un pasado perdido y de hacerlo utilizable, y una positiva construcción teológica más integradora que incorpore la perspectiva de las mujeres (6).

En un segundo momento y en el espacio que nos queda señalaremos los principales campos que las mujeres han abordado en el conjunto de las disciplinas teológicas. Sin pretender otra cosa que señalar los temas que han preocupado y algunas de las aportaciones más significativas dentro de una producción en crecida, aunque en distinto grado de desarrollo.

Los grandes capítulos de un programa

La historia cristiana

TANTO en la TF propiamente, como en las mujeres interesadas en la historia, ha tenido amplio eco la preocupación de «ampliar la lente». Sabedoras de que en la historia en general y en las propias tradiciones religiosas, una concepción androcéntrica inconsciente, opera elusiones y silencios. De las mujeres —observa una estudiosa de la historia de las religiones— se habla como de un objeto «exterior» a la humanidad: «Las mujeres están allí, en el mundo, pero se habla de ellas como de «otro» tema humano probando a comprender su mundo (...); como un problema a resolver y no como de un co-sujeto en el intento recíproco de «comprender» la diferenciación humana, sexual, y de todas sus manifestaciones (...); son pensadas como exteriores a la humanidad en lugar de serlo como integrantes de la concepción del mundo» (7).

Los estudios sobre las mujeres cristianas llevados a cabo por E. Gössmann, A. Jaubert, S. Tunc y A. Valerio son exponente de esta voluntad de

(6) Sobre su comprensión de la tarea puede verse Anne Carr: *Transforming Grace*, New York-San Francisco, 1988.

(7) R. Gross: *Beyond Androcentrism: New Essays on Women and Religion*, Missoula, 1977, 9.

como una desviación ideológica que refleja la sociología de las sociedades patriarcalistas (...) La subordinación de la mujer en el orden social y legal se refleja en el puesto subordinado que también se le asigna en el culto (...) Cuando Dios es proyectado conforme a la imagen de uno solo de los sexos, en vez de la de ambos, y conforme a la clase dominante de ese sexo, se llega a ver en esa clase de varones la única que ostenta primariamente la imagen de Dios» (10).

La aportación que han hecho algunas teólogas poniendo de relieve lo unilateral de las imágenes y la propensión masculinizante del lenguaje sobre Dios se inscribe en la viejísima cautela con que la teología acompañó siempre el decir sobre Dios y señaló los límites de toda analogía. Así la crítica del uso casi exclusivo en el lenguaje religioso de términos como Padre, Señor, Rey, Juez, etc., se suma a la que desde otras perspectivas venían haciendo quienes llamaron la atención sobre el riesgo idolátrico que comporta un uso exclusivo de alguna imagen o símbolo.

Los trabajos de Phyllis Trible, de la citada R. Radford, al lado de los de Sallie McFague —por citar algunos de los más conocidos— han ido llamando la atención sobre la necesidad de despatriarcalizar la representación del Dios bíblico y cristiano ensanchando el campo comprensivo. La aceptación —en muchos casos recuperación— de las imágenes de madre, amigo/amiga, hermano/hermana no pretende justificarse como una polarización compensadora, sino como una garantía de que el uso desmedido de imágenes masculinas no siga arrastrando las connotaciones de poder y dominio que se han vinculado a ellas, como un lastre pesado (sobre todo para las mujeres), en los siglos en que han estado vigentes casi con exclusividad.

A su modo, y desde sus propias preocupaciones, las críticas y búsquedas de otras metáforas y otros modelos para pensar y decir lo divino que ha realizado la TF convergen en invitar a comprender la realidad que nos excede superando el símbolo. No se trata, como decíamos, de una operación de mera sustitución de lenguaje, sino de apelar al Misterio cuyo nombre será siempre, en alguna medida, impronunciable.

A este intento de decir Dios de una manera más respetuosa con el entero imaginario humano se une el trabajo de las teólogas en campo cristológico. Los estudios —pensemos en los de E. A. Johnson y E. Schüss-

(10) R. Radford Ruether: «El aspecto femenino de Dios. Un problema de la vida religiosa contemporánea», *Concilium* 163 (1981), 394.

La antropología

TAMBIÉN en la antropología inherente al cristianismo los estudios feministas han ido dejando una notable contribución. La salida de una manera de pensar lo femenino como naturaleza y casi destino biológico ha reclamado análisis atentos y la crítica de textos importantes de la tradición teológica que no se libran de prejuicios y parcialidades.

En otros lugares hemos seguido con más detenimiento lo que ha significado el recorrido que una autora como Kari Borresen ha hecho sobre la Patrística y sobre teólogos de la talla de Agustín y Tomás de Aquino. Hasta mostrar la difícil posición de quienes no querían negar una «igualdad en el Señor pero tampoco desdicen la subordinación al uso. Una asimetría de creación no es eliminada pese a las afirmaciones de la no acepción de personas por parte de Dios o de la igualdad en el orden de la salvación» (12).

También en este campo la reacción actual de la antropología con asiento en la teología debe mucho a los datos de la antropología cultural, filosófica o científica. Y a los resultados que respecto del tratamiento de lo femenino ofrece la aplicación de la «metodología del género». La que descubre éste como conjunto de significaciones sociales, culturales, psíquicas y religiosas que se imponen a la mera diferencia sexual.

Los trabajos han partido de la sospecha de que la asimetría aceptada largamente ha dejado su marca en la Patrística y en amplios sectores de la doctrina y disciplina eclesiástica. Advierten cómo antropologías de la subordinación y de la desigualdad —y la aún invocada de la simple «complementariedad»— subyacen en muchos razonamientos acerca del lugar y la misión de las mujeres en las iglesias. La investigación quiere además poner cada vez más de manifiesto cómo la originalidad cristiana se ve comprometida en el recuerdo actualizado de aquel fundamental «hombre y mujer los creó/a imagen de Dios los creó» con que se abre la Biblia.

La tarea llevada a cabo y la que se percibe como pendiente, lleva a pensar que no son pequeños ni el esfuerzo ni la lucidez requeridos para

(12) Hemos dedicado espacio a este campo en el artículo «Mujer», en *Diez mujeres escriben Teología*, esp. 216-232. Nos referimos en primer término a los trabajos de K. Borresen que, a partir de su tesis doctoral, han ido apareciendo en diversas revistas y que reproducimos en la bibliografía del artículo citado.

ofrecía como casa. Enfrentándose a las dobles medidas y a la hipocresía de los piadosos (13).

Después de este repaso, necesariamente incompleto, por las perspectivas y algunos tramos del recorrido de la TF, y en conjunto de la teología que recoge más decididamente las preocupaciones de las mujeres, nos queda hacer un doble reconocimiento. En primer lugar es evidente que, aunque modesta en sus proporciones, una novedad se ha producido en las publicaciones con la entrada de las mujeres al debate teológico. Su experiencia, sus reclamos, su crítica y su sensibilidad entran en juego a la hora de proceder a una interpretación que actualice debidamente el caudal de la revelación, que atraviesa las propias fuentes y del que son destinatarias e intérpretes.

Y se puede prever que, si su aportación sigue afirmándose, será la teología como tal y no sólo la «teología feminista» la que se beneficiará de un trabajo a más voces. También a este propósito, el del trabajo teológico, vale recordar la reciprocidad como categoría básica de lo humano y de su dinamismo.

(13) Para conocer los trabajos de mujeres dedicados a cuestiones éticas y sobre la ética feminista puede verse la obra de A. Carrantes citada. Asimismo, M. Navarro, «Pecado», en *Diez mujeres escriben Teología*, 258, 298.